



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
DOCTORADO EN HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA
TEORÍA DE LA HISTORIA

Nombre: Sergio Ortiz Romero

Ensayo final:

**“Producción social de la cultura: un diálogo entre el giro lingüístico
de la historiografía y la teoría de Mediación social”**

Profesor: Dr. Georg Leidenberger

Fecha: 2 de diciembre de 2024

Introducción

El presente ensayo persigue dos objetivos fundamentales. El primero busca dar sustento teórico a los ejercicios de análisis de contenido que he desarrollado en mis investigaciones que abordan la historia de los medios de comunicación (el cine) y la propaganda política (anticomunismo y nacionalismo). La metodología de dichos análisis se basa en un planteamiento de la ciencia de la comunicación, en específico, en la teoría de la Mediación social, propuesta por el Dr. Manuel Martín Serrano, investigador de la Universidad Complutense de Madrid, desde hace más de treinta años.

Como se explica más adelante, esa teoría sitúa a la comunicación como un proceso fundamental para la construcción social de significados, así como también analiza la manera en que las relaciones de poder, los medios de comunicación y las instituciones políticas y sociales median la interacción entre los individuos y la *realidad*. Por tanto, plantea que los mensajes y discursos no se transmiten de forma directa, sino que son interpretados y reproducidos a través de una red de mediaciones en contextos socioculturales controlados, generalmente, por ciertos grupos hegemónicos.

El segundo objetivo de este trabajo es contribuir al debate acerca de los alcances del poder narrativo como el atributo de mayor impacto que la historiografía puede alcanzar dentro de las sociedades modernas, un tema sobre el cual la opinión de muchos círculos académicos continúa bastante dividida. Más allá de reconocer la importancia que siempre han tenido en la ciencia histórica otros campos del conocimiento, como la teoría lingüística, se propone descartar algunos prejuicios que han evitado que la historia y las ciencias sociales tengan un diálogo interdisciplinario de mayor nivel y que, por consiguiente, han impedido también que se pueda echar mano de conceptos y de herramientas epistemológicas provenientes de otras áreas.

Es por ello que, inspirado en la frase del padre de la psicología social moderna, Kurt Lewin, la cual reza “No hay nada más práctico que una buena teoría”, pretendo establecer un puente teórico entre esta propuesta y el campo historiográfico dedicado al ámbito comunicativo: el giro lingüístico. Por tanto, la premisa de este texto es que la teoría social de la comunicación (en la que se inscribe la Mediación social) tiene amplias posibilidades de compaginarse con los análisis que, desde la historia, he elaborado sobre la propaganda política encubierta en los discursos difundidos socialmente a través de las industrias culturales y del entretenimiento.

Con ese fin, he optado por los textos de dos historiadores estadounidenses que se han ocupado de reflexionar sobre el “giro lingüístico” de la historiografía, pero con un enfoque particular en el tema de la producción social de la cultura. El primero es Georg G. Iggers (1925-2017), especializado en historia moderna e intelectual de Europa; la otra autora es Gabrielle M. Spiegel (1943), investigadora de la Universidad Johns Hopkins dedicada a la historia medieval de Francia. El texto de Iggers se titula “El ‘giro lingüístico’: ¿el fin de la historia como disciplina académica?” y forma parte de una compilación de Luis Gerardo Morales, editada por el Instituto Mora en el año 2005. Por su parte, el artículo retomado de Spiegel lleva por título “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico” y fue publicado en abril de 2006.

De ese modo, ambos escritos serán puestos a “dialogar” con dos de las obras más importantes de Manuel Martín Serrano, creador de la teoría de la Mediación social: los libros *La mediación social* (1977) y *La producción social de comunicación* (1986). Al finalizar, ofreceré un balance teórico de los principales puntos de concordancia entre estos textos que permitan coadyuvar al análisis histórico de los discursos y de la cultura como producto social.

Giro lingüístico y producción social de la cultura

“Donde no hay narrativa, no hay historia.”
Benedetto Croce

Por principio de cuentas, es necesario definir lo que se ha entendido por “giro lingüístico” en las distintas disciplinas y ciencias que se encargan de estudiar *lo social*. A partir de mediados del siglo XX, el término se utilizó para denominar a una tendencia en varias disciplinas sociales y humanísticas, como la psicología, la antropología, la filosofía y, por supuesto, la historia. Dicha tendencia estableció un punto de auge del discurso y su análisis, por medio de la literatura y la teoría lingüística, como ruta prioritaria para diseñar metodologías de estudio de la realidad social y cultural.

Así, las estructuras lingüísticas pasaron a ocupar un lugar central al crear, organizar y, bajo perspectivas más radicales, determinar el comportamiento humano y su percepción del mundo. **Entre los principales promotores del giro lingüístico se encontraron autores como Ludwig Wittgenstein, Roland Barthes y Michel Foucault; en el**

campo de la historiografía, los exponentes han sido el propio Foucault, Hayden White, Clifford Geertz, así como los filósofos Paul Ricoeur y Hans-Georg Gadamer.

Por consiguiente, tanto Iggers como Spiegel aluden de manera recurrente a estos y otros autores para analizarlos en retrospectiva desde su visión de inicios del siglo XXI, cuando publicaron los textos aquí revisados. Georg Iggers respalda a Hayden White en cuanto a la incidencia de las teorías posmodernas del lenguaje en la escritura-transmisión del conocimiento histórico y el peso de la narración al que conlleva la construcción de todo discurso científico, incluyendo al de la historiografía. En consecuencia, dado que la ciencia moderna había comprendido el lenguaje como un vehículo para la transmisión de conocimiento significativo, en ello también está inmerso, forzosamente, el debate de la narratividad de la ciencia histórica.

Así pues, Iggers destaca que el debate entre los teóricos del conocimiento en la posmodernidad ha consistido, en términos generales, en cuestionar la otrora intocable relación entre la ciencia y la realidad. Por tanto, el autor rescata el planteamiento del lingüista Ferdinand de Saussure acerca de que el lenguaje no es un simple medio para comunicar significados, sino que los significados mismos están en función del lenguaje, es decir, que los pensamientos de los seres humanos (capaces de manejar un código comunicativo común) están determinados por el lenguaje:

“Desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, ningún texto hace referencia a una realidad externa, sino que está contenido en sí mismo. Esto no aplica sólo a los textos literarios, sino también a los historiográficos. (...) Además, el texto se considera no sólo independientemente de su relación con el mundo exterior, sino también al margen de su autor.”¹

Dentro del “giro lingüístico”, Iggers identifica como elemento principal la preeminencia del lenguaje y del discurso historiográfico como herramienta para estudiar la realidad social y cultural. De tal suerte que la retórica, como recurso de la narratividad, está siempre inmersa en todos los pasos de la investigación histórica hasta en los textos y fuentes estudiadas, entendidas como construcciones lingüísticas: “La realidad, según Weber y Kant, es accesible sólo con esa mediación. Esto no significa el rechazo de una lógica rigurosa de la investigación científica social, sino que más bien aquí la objetividad no se relaciona sólo con un objeto, sino con la metodología de las ciencias sociales por medio de la cual se estudia el mundo.”²

¹ George G. Iggers, “El ‘giro lingüístico’”, p. 216.

² Iggers, “El ‘giro lingüístico’”, p. 219.

Iggers destaca en el “giro lingüístico” de la historia social y cultural el reconocimiento del mundo real como pauta definitiva del lenguaje, y ese argumento le basta para resaltar la importancia de analizar el discurso en la ciencia histórica. Para sostener esa idea, refiere el estructuralismo lingüístico retomado por historiadores como Lynn Hunt, Francois Furet o Maurice Agulhon, que han visto en el estudio del lenguaje una herramienta semiótica para el análisis de discursos que permitan explicar las transformaciones políticas y sociales de Europa en distintas épocas, como lo han hecho también los estadounidenses Thomas Childers y Joan Scott.³

En conclusión, Iggers valora la teoría lingüística posmoderna como un elemento imprescindible tanto para el análisis de la escritura misma de la historia, como para la explicación de fenómenos de la cultura política que, a su vez, contribuye al estudio del discurso de los actores históricos. No obstante, lejos de señalar el predominio de las estructuras lingüísticas sobre las de carácter político o social, o viceversa, Iggers invita a reflexionar sobre la relación intrínseca entre ambos elementos.

Por su parte, Gabrielle M. Spiegel destaca la utilidad del análisis del discurso dentro de la investigación histórica de la sociedad y la cultura. Spiegel revisa la noción *saussuriana* del lenguaje como una gran estructura que construye el mundo con base en ciertas reglas de significación que, en términos generales, constituyó la base del giro lingüístico de las ciencias sociales y de la historia. Desde entonces, y hasta inicios del siglo XXI cuando Spiegel publica su artículo, se observa una incursión cada vez más importante de historiadores sociales rompiendo con el dominio de la historia cultural, así como de la antropología cultural y de la sociología del conocimiento.

Empero, la autora aduce el debate entre la visión “determinista” de la semiótica del lenguaje como una estructura autónoma e impersonal, que sigue reglas en función de determinados códigos, y aquella que considera al lenguaje como un sistema comunicativo dinámico que es producido socialmente. En parte, esto responde a la rigidez que suele caracterizar al estructuralismo tradicional insensible a la acción social (o siquiera humana) y que pareciera tener una suerte de existencia paralela:

³ Childers se ha ocupado del análisis del discurso en la formación de la conciencia política de las clases populares en la República de Weimar como factor que permitió el ascenso de los nazis, más allá de aspectos políticos y económicos; mientras que Scott ha aplicado, en sus estudios sobre historia de género, la teoría de Jacques Derrida sobre el lenguaje como pauta del establecimiento de un orden jerárquico que ha prevalecido durante décadas en las sociedades modernas. En otras palabras, el género es una construcción social condicionada por el discurso. Véase Iggers, “El ‘giro lingüístico’”, pp. 226-228.

“El estructuralismo, en general, sea lingüístico como en el caso de Saussure, antropológico como en el de Claude Lévi-Strauss o sociológico como en los primeros trabajos de Pierre Bourdieu, privilegia el funcionamiento oculto e inconsciente de las estructuras sincrónicas con respecto a la actividad individual consciente e intencionada.”⁴

Otra coyuntura importante ha sido esa puesta en crisis del giro lingüístico que coincidió con la evolución de la historia social que sustituyó los parámetros “clásicos” de la economía y la sociología por la antropología y la teoría lingüística.⁵ Eso hizo posible el debate con los historiadores de la cultura, más afines a la omnipresencia de los códigos semióticos propuestos por el estructuralismo de los años setenta como condicionantes de la consciencia y del comportamiento social.⁶

Por otro lado, un punto de convergencia con Iggers radica en la noción excesivamente sistemática del lenguaje y las estructuras discursivas en el giro lingüístico por parte de algunos historiadores de fines del siglo XX. Sin negar la preminencia del lenguaje, la autora señala que el discurso va más allá de sus estructuras simbólicas y es construido sobre la base empírica de fenómenos políticos, sociales, económicos y culturales complejos que son mediados por las instituciones: “El discurso asume el lugar de una esfera social específica que implica estructuras de dominación y sistemas de poder que operan según sus diversas ‘lógicas’ internas y dentro de los cuales se encarnan prácticas de todo tipo.”⁷

Se trata, pues, de una perspectiva desde su tesis de la “práctica cotidiana” la que ofrece Gabrielle Spiegel, y es en esa tarea analítica de simbolismos y comportamientos sociales donde operan los mediadores: la producción social del lenguaje y del discurso:

“El significado no opera aquí en el nivel del código o de la estructura, sino en el de la semántica del uso ordinario del lenguaje, construyendo el mundo a través de su creación continua y práctica y de su recreación a lo largo del tiempo. A través de la reapropiación de los significados (o resignificación) como forma de responder o dar sentido a los acontecimientos tal como ocurren, los actores históricos construyen su cultura desde el punto de vista de su autopreservación y percepción de sí mismos y del mundo.”⁸

Por tanto, estas perspectivas estructuralistas representan un argumento que permite vincular al giro lingüístico de la historiografía con la teoría social de

⁴ Gabrielle M. Spiegel, “La historia de la práctica”, pp. 23-24.

⁵ Véase Natalie Zemon Davis, “Las formas de la historia social”, 1991, pp.177-182.

⁶ La crítica de E. P. Thompson a estructuralistas como Louis Althusser estaba fincada en esa clase de planteamientos deterministas que intentaban desplazar a la experiencia y a otros factores sociales como categorías epistemológicas. Véase Thompson, *Miseria de la teoría*, capítulo 5.

⁷ Spiegel, “La historia de la práctica”, p. 30.

⁸ Spiegel, “La historia de la práctica”, pp. 38-39.

comunicación, especializada en la producción social de la comunicación y el análisis del discurso. La Teoría de la Mediación social estudia los procesos por los cuales se disminuyen o eliminan las disonancias de los sujetos sociales (individuales y colectivos) sobre su interpretación de la realidad y en los que intervienen mediadores como las instituciones y los medios de comunicación. Por tanto, se trata de una teoría que analiza la producción social de la cultura y los cambios sociohistóricos tomando en cuenta la *mediación* de grupos hegemónicos –estatales y no estatales– para el control social:

“La mediación tiene por objeto generar una visión del mundo que uniforme la diversidad de situaciones con que se presenta el acontecer y ubique a los sujetos frente a ese acontecer; ofrece criterios para evaluar como normal o anormal, tanto el accionar de los sujetos como su interpretación de la realidad.”⁹

Dentro de esos procesos mediadores, la *enculturización* convierte códigos ideológicos en lógicos dentro de los imaginarios, vinculando la narrativa de productos comunicativos sobre ciertas representaciones del mundo –políticas, religiosas, económicas, morales– con las creencias y valores de esas comunidades, y en cuya preservación están interesados determinados actores: “Esto requiere que la comunidad asimile como propios esos relatos y comparta su visión del mundo para exteriorizarla a través de comportamientos, ideas y acciones que reproduzcan los códigos representados en obras culturales o productos comunicativos.”¹⁰

Por ende, la *mediación* se da en todo mecanismo de orden social ejercido por las instituciones actuando sobre la interpretación de las personas sobre su entorno físico, psíquico o cultural. Los mediadores –como son los medios de comunicación– retoman información de la realidad para reproducir códigos que no intentan dar cuenta objetiva o verificable de los hechos, sino establecer una lógica sobre ellos y así dar soporte al sistema de ideas y al esquema de orden sociopolítico, económico y cultural defendido.

En ese sentido, el concepto de *hegemonía* juega un papel relevante para ligar el sentido teórico de la mediación social con el del análisis historiográfico. En ambos espectros, la hegemonía representa un proceso en el que las ideas, valores y normas de un grupo social dominante se convierten en el sentido común aceptado por la sociedad en general mediante la creación de consensos que legitiman las relaciones de poder existentes. De esa manera, la historia explica dicho fenómeno bajo la lente del análisis

⁹ Martín Serrano, *La mediación social*, p. 55.

¹⁰ Martín Serrano, *La producción social de comunicación*, p. 48.

político, social y económico, mientras que la teoría de la mediación social lo hace desde el ángulo de las prácticas culturales y comunicativas que hacen posible la construcción de esos consensos. Por tanto, la hegemonía cultural no es algo estático, sino que está en constante construcción a medida que cambian las condiciones políticas y sociales. La lucha por la hegemonía se libra en varios niveles, incluyendo el simbólico donde los significados y valores son negociados y reinterpretados en determinados contextos, lo cual permite entender tanto la reproducción de las estructuras de poder como las posibilidades de resistencia y transformación:

“El papel de los grupos hegemónicos y de los individuos se ligan con estrategias de comunicación, que también afectan y se ven afectados con los procesos de producción y reproducción: el sistema social y el comunicativo-discursivo interactúan de forma dinámica, pero no de manera mecánica ni determinista.”¹¹

En consecuencia, con las ventanas de apertura presentadas de parte de un sector del campo historiográfico abocado al giro lingüístico y de la teoría social de comunicación que descarta el determinismo estructuralista criticado por los primeros, es posible presentar un balance entre ambas propuestas teóricas que puede contribuir a reforzar la base epistemológica de la investigación historiográfica descrita al inicio.

Consideraciones finales

Para concluir este ensayo, me permito rescatar algunas pautas de complementariedad de la reflexión desde la historia sobre el giro lingüístico y de la teoría de la Mediación social. En primer lugar, destaco el papel de la historiografía que, a través del giro lingüístico, actúa como *mediadora* entre el pasado y el presente, y la manera en que las estructuras sociales influyen, a su vez, en la manera en que se cuenta la historia.

Otro aspecto lo constituye la relación entre el giro lingüístico en la historiografía y la teoría de la mediación social en el sentido de que ambos enfoques exploran cómo el conocimiento y la comprensión de la realidad —en este caso, la historia— son construcciones mediadas por el lenguaje y las dinámicas sociales. Retomando los planteamientos de Iggers y Spiegel, el giro lingüístico pone énfasis en que el lenguaje no es una herramienta neutral para “narrar” los acontecimientos, sino que la construye de forma activa, toda vez que ello implica seleccionar, interpretar y organizar los eventos en un discurso moldeado por estructuras lingüísticas, culturales, e incluso, de poder.

¹¹ Martín Serrano, *La producción social de comunicación*, p. 56.

Por su parte, la teoría de la mediación social establece que la realidad no es accesible de manera directa, sino que está mediada por interacciones sociales, ideologías y prácticas culturales. El lenguaje, como principal medio de comunicación y transmisión de ideas, juega un rol central en esta mediación y, por ende, la forma en que se estructuran las relaciones sociales, el poder y la hegemonía influyen en cómo se construyen y transmiten las narrativas históricas.

Asimismo, ambos enfoques comparten la idea de que la historia no es una descripción objetiva del pasado, sino una construcción narrativa influenciada por factores sociales y lingüísticos. La historiografía "científica" que solía buscar la "objetividad" es criticada por el giro lingüístico al señalar que toda narración está mediada por las categorías de pensamiento y lenguaje de una época y una sociedad concreta. De ahí la importancia del aporte que hace la teoría de la Mediación social sobre la manera en la que, tanto actores sociales como las instituciones (escuelas, medios de comunicación, Estado,) actúan moldeando el conocimiento histórico según intereses políticos, económicos o culturales.

En suma, el giro lingüístico de la historiografía y la teoría de la mediación social se vinculan a partir de la idea de que la historia también es una construcción discursiva mediada por las relaciones sociales y el poder. Esto, sin que exista un predominio o determinismo de las estructuras del lenguaje sobre la esfera de lo social. Por último, esta conjunción teórica representa una opción pertinente para tratar de explicar la construcción social de la hegemonía cultural como mecanismo de control discursivo y simbólico: desde la historia y la teoría social de la comunicación.

Bibliografía

Iggers, Georg G., “El ‘giro lingüístico’: ¿el fin de la historia como disciplina académica?” en Luis Gerardo Morales Moreno (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México: Instituto Mora, 2005, pp. 213-233.

Martín Serrano, Manuel, *La mediación social*, Madrid: Akal Editor, 1977.

Martín Serrano, Manuel, *La producción social de comunicación*, Madrid: Alianza Editorial, 1986.

Spiegel, Gabrielle M., “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico” en *Ayer*, núm. 62, 2006, pp. 19-50.

Zemon Davis, Natalie, “Las formas de la historia social”, en *Historia Social*, núm. 10, 1991, pp.177-182